

Thomas B. Reverdy

**EL INVIERNO
DEL DESCONTENTO**

Traducido del francés por María Dolores Torres París

Título original: *L'Hiver du mécontentement*

Las citas de Margaret Thatcher proceden principalmente de la página web de la Fundación Margaret Thatcher. Asimismo, las citas de *Ricardo III* proceden del texto original de Shakespeare, traducidas por el autor.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: María Dolores Torres París, 2019

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9181-430-6

Depósito legal: M. 3.916-2019

Printed in Spain

«Desde donde estoy sentado hoy,
1 de agosto de 1979,
pego mi oreja al pasado como si fuera la pared
de una casa que ya no existe.»

RICHARD BRAUTIGAN
So The Wind Won't Blow It All Away

«Hoy he dejado de soñar.»

MARGARET THATCHER
Discurso de Brighton, 1980

«Run Like Hell»

PINK FLOYD

Más que correr, Candice volaba por las calles de Londres en su bicicleta de mensajero a finales del verano de 1978, con su bolsa en bandolera, abriéndose en las curvas para no rozar el suelo con el pedal al inclinarse, pedaleando sin cesar, sin detenerse nunca, a toda velocidad, como si persiguiese en el pálido amanecer de las farolas que se apagan y en la neblina azulada un sueño a punto de escapársele, un sueño que hay que atrapar de inmediato, de pie sobre los pedales, los codos en línea con los hombros, la espalda recta, la cabeza girando nerviosamente como la de un pájaro, a derecha e izquierda para prevenir los peligros, incorporarse al flujo del escaso tráfico a esta hora, atravesar volando el barrio de Islington Park donde había crecido, aterrizar en Caledonian Road y dirigirse al sur, siguiendo las traviesas del ferrocarril, hacia Camden Town, la calle orillada por un muro de cubos de basura ya tan alto como ella, que se apilaban por todas partes en los barrios obreros aunque los barrenderos no estuviesen oficialmente en huelga, cubos que atraían a la superficie las ratas que Candice vigilaba

por el rabillo del ojo mientras salían pitando al advertir su presencia, sumergiéndose en la basura, seguir pedaleando apoyada en los pedales para atravesar la calle, incluso antes de que el hedor le llegue, deslizándose por la ciudad como el vuelo silencioso de la lechuza que regresa de cazar al amanecer, persiguiendo un sueño al que está decidida a retorcerle el pescuezo antes de que se le escape.

Acaba de cumplir veinte años. Es una edad en la que se tiene toda la vida por delante, en la que todo está aún por hacer, en la que todo son promesas —o amenazas.

El trabajo de mensajero en la City Wheelz pagaba sus clases de arte dramático. La empresa había sido fundada dos años antes, al socaire de una huelga de correos, y la idea había cuajado: mensajeros en bici, era el momento ideal para ello, era ecológico y conceptualmente muy *peace*, tenía su lado hippie. El jefe, Ned, había diseñado un logotipo espiritual con un Hermes alado de pelo largo, pedaleando sobre un fondo de cielo azul, rodeado del nombre de la compañía en letras psicodélicas amarillas, un logo entre la Coca-Cola y los Grateful Dead. Era el signo de los tiempos. Y los mensajeros, por supuesto, los únicos que no usaban pata de elefante, la de esos horripilantes pantalones de moda, y la mejor opción para pegársela y hacer mutis por el foro en el primer viraje. Nada fuera de lo normal, porque todos procedían de clases populares donde se veían más *hooligans* que hippies. Candice era la única chica de la plantilla —el jefe de-

cía *el equipo*. Era un burgués que había crecido en un buen barrio. Con pretensiones de artista. Antes de montar la empresa, había estudiado en una escuela de diseño y se había dejado el pelo largo, porque su vida había cambiado de sentido radicalmente al escuchar a los Beatles. Desde hacía quince años, media Europa había hallado el sentido de su vida en una canción de los Beatles.

A ella los Beatles ni fu ni fa, «no eran su taza de té», como dicen los ingleses: Candice necesitaba una energía más cercana a la violencia callejera. A su alrededor la gente se había ido cortando el pelo los últimos años. No les tiraría piedras a los Beatles, por supuesto —a nadie se le ocurriría—, pero no le gustaban los hippies, sus ridículas vestimentas y ese aire de pasar de todo. John Lennon tampoco le hacía ni pizca de gracia. Con esos aires de Jesús que habría decidido dejar a los discípulos para casarse con María Magdalena —pero no acababa de hacerlo de una santa vez— y dar vida a la leyenda de los *Fab Four*, mientras tiraba la piedra y escondía la mano. Se había convertido en un auténtico gurú. Nadie pensaba entonces que moriría asesinado casi dos años después en Nueva York, el 8 de diciembre de 1980, una muerte que clausuraba definitivamente la década de los setenta.

Candice cruza York y se adentra en el laberinto de callejuelas y raíles que parten de King's Cross y cercenan el paisaje de Camden como si hubiesen plantado el barrio en medio de un gigantesco cruce ferroviario. Ataja por los callejones con agilidad, evitando las

grandes arterias y los semáforos, zigzagueando entre los escasos automóviles, limitándose a empujar el liviano cuadro de acero con el interior del muslo. Da la impresión, y es también la sensación que ella tiene, de ser una con su bicicleta. Es embriagador. Debe de circular a treinta o quizá cuarenta millas por hora.

Recita su texto.

Surge solo, es como una forma de no pensar en nada. A veces lo hace en voz alta, que se va elevando paulatinamente cuando eso sucede, hasta gritar como ahora en la calle, deslizándose a toda velocidad a lo largo de un hilo invisible, la cabeza emergiendo de los hombros como un periscopio, la espalda tensa, los muslos doloridos, gritando su texto con una especie de acento más rastafari que pomposo, entrecortado con carcajadas:

Naw izzz da winterrrr ov ourrrr dissscontent, made glorious summerrrr by disss son ov Yorrrk!

Es el comienzo de su papel. El inicio de *Ricardo III*. Candice representa el papel principal en una compañía semiprofesional compuesta únicamente por chicas. ¡Ahora el invierno de nuestro descontento se ha transformado en un glorioso estío gracias a este sol de York!

Ni se imagina hasta qué punto eso se hará realidad dentro de unos pocos meses. Estamos como al comienzo de una novela, a principios del otoño de 1978, cuando la historia ya está en marcha, una historia que viene de lejos, como fuera de ella, pero que aún no se sabe a dónde va ni cómo se va a desarrollar exactamente la trama. En este momento de la historia, nadie sabe muy bien lo que puede ocurrir.

«I Don't Know What to Do with My Life»

BUZZCOCKS

A Jones podría no haberlo conocido nunca.

Es bastante guapo. Y muy alto, demasiado para mantenerse siempre erguido. Tiene ojos risueños, alegres y cansados al mismo tiempo, debido a unas finísimas patas de gallo que los perfilan y alargan. El pelo desgreñado porque hace años que no se peina. Es músico, pianista de jazz. En 1978 eso no se considera un oficio, así que Jones es un simple oficinista.

Sería más exacto decir que fue oficinista hasta este otoño, porque Jones acaba de ser despedido. No es el primero ni será el último este año. La noticia llegó brutalmente, como suele ocurrir, una mañana en el despacho de su supervisor. Empezó con unas palabras pretendidamente afables —¡Vaya, te has vuelto a hacer un cardado!— y luego le comunicó que estaba despedido sin preaviso, que no era nada personal, que era culpa de la coyuntura —La crisis, Jones, es la crisis. Recuerda esta palabra porque la oirás a menudo. Qué quieres que te diga. ¡La crisis!

Jones se debatió en vano, como un pez en el anzuelo. Al otro lado del despacho, su supervisor continuó

sonriendo —La crisis. No es culpa de nadie. Qué quieres que te diga.

Ese fue el momento en el que las cosas empezaron a cambiar, aunque, por entonces, nadie habría podido imaginar que el futuro estaría poblado de repartidores de comida en moto y de becarios de larga duración; que los Jones jamás saldrían a flote; que se dedicarían a añadir un título tras otro a su currículum; que habría cada vez menos trabajo. Hasta entonces, mejor o peor, había logrado cubrir sus necesidades, que, por otra parte, no eran nada del otro mundo. Hasta entonces siempre había trabajado, la mayor parte del tiempo como vendedor de cualquier cosa.

Sí, en los últimos años había llevado a cabo trabajos ridículos o miserables. Había sido *faxman* en un gran despacho de abogados, por ejemplo. Estaba en una dependencia del subsuelo, es decir, en el sótano, un cuartucho lleno de estantes en los que resonaban y crujían faxes Rank Xerox último modelo. Su trabajo consistía en clasificarlos en bandejas, a medida que iban llegando, y subirlos a los despachos ubicados en distintos pisos, antes de regresar rápidamente al sótano, recoger nuevos faxes, clasificarlos y llevarlos enseguida a los despachos, como un cartero cuyo recorrido incansablemente repetido sostuviese a la vez el barril de las Danaides —¡la bandeja está vacía!— y la roca de Sísifo —hay que bajar al sótano.

En los tiempos de vacas flacas, incluso había aceptado trabajos de mozo de almacén, de esos que había a punta pala. Entonces le pagaban por acarrear cajas

de cerveza en el área de reparto de un supermercado, o por transportar en la minipala tuberías de hierro fundido de ocho pulgadas —doce centímetros— desde el pasillo C al pasillo F, en una nave gigantesca a orillas del Támesis.

Había sido vigilante nocturno en un hotel de mala muerte.

Sustituto de barman en media docena de pubs.

En Harrod's, había vendido sucesivamente charcutería, zapatos de señora y colchones *Queen size*.

El trabajo para la British Petroleum del que acaban de despedirlo no había sido ni mucho menos el peor.

Consistía en leer cientos de recortes de prensa en los que aparecía el nombre de la empresa y cifrar cada artículo de acuerdo con una batería muy precisa de preguntas. Tenía que hacerlo a vuelapluma, punteando las casillas mientras leía el texto en diagonal. Eran dos por despacho, uno frente a otro, sin dirigirse la mirada en todo el día. Otros analistas —los verdaderos empleados del grupo— pasaban sus codificaciones por el tamiz de potentes ordenadores que los ayudarían a reducir sus resultados a cifras, a estadísticas representables, los famosos «diagramas de quesos» —que los ingleses denominan *tartas*. Luego los mandos intermedios del departamento de calidad se encargarían de interpretarlos. Ello permitiría a los altos ejecutivos basar sus esfuerzos estratégicos en discursos bien fundamentados, con frases rotundas sobre «la imagen de la compañía en los medios de comunicación británicos» —A saber cuántos Jones habría en los cinco continentes.

Desde su despido, Jones sobrevive tocando los jueves, a veces los viernes por la noche, en un club de cócteles y jazz, el Nightingale's. La clientela de aves nocturnas que frecuentan el lugar se le parece un poco. Algunas de las camareras que trabajan allí son amigas suyas. El resto del tiempo, Jones está en casa. Tocando. Toca como un loco todo el día y, con frecuencia, buena parte de la noche. Dice que compone. Y eso no da de comer.

Sus mejillas están ligeramente hundidas. Tiene ojeras. A Jones le importa un bledo. Su orgullo es un órgano más sensible que su estómago.

Aunque frisa los cuarenta, su aspecto juvenil le permite aparentar cualquier cosa. Un joven nunca parece del todo un parado. Todavía no —es joven. De apañó en apañó, Jones gana, desde hace años, más tiempo que dinero.

«I Just Can't Be Happy Today»

THE DAMNED

Nancy, la directora, era una antigua alumna de la escuela de teatro en la que Candice acababa de entrar. Había tomado apuntes con vistas a futuros ensayos. Había llenado un cuaderno escolar de la primera a la última página con su letra fina y apretada. A veces, incluso con dibujos que completaban sus anotaciones teatrales. Les decía a las chicas:

«*Ricardo III* es una tragedia crucial para Shakespeare. Por mucho que los especialistas digan que en 1590 estaba de moda escribir obras históricas, *Ricardo* es mucho más que un drama sobre el final de la guerra de las Dos Rosas y el advenimiento de la dinastía de los Tudor, o el fin de la tetralogía de *Enrique VI*. Junto con *La tragedia de Hamlet, príncipe de Dinamarca*, es, sin lugar a dudas, la reflexión más profunda de Shakespeare sobre el poder y sus infortunios.

»Podríamos reconocer en ella al mismísimo Adolf Hitler, que por supuesto no tiene nada que ver con Shakespeare, pero es así. No habría que modificar ni una línea.

»Es una tragedia sobre la conquista del poder, la seducción diabólica, la corrupción y el mal. Es una obra que cuenta —lo de menos es la época— cómo un hombre resuelto, Ricardo, duque de Gloucester, se labra un camino sangriento hacia el trono conspirando contra sus hermanos, ordenando asesinarlos, tanto a ellos como a sus sobrinos y más tarde a su propia esposa; cómo logra adueñarse del poder y ejercerlo en detrimento de todos, convertirse en un tirano, embriagarse con su fuerza y la debilidad de los demás, hasta la locura.

»Está todo ahí: la Noche de los Cristales Rotos y la complacencia de los patronos, el monstruo y sus víctimas consintientes, *M, el vampiro de Düsseldorf* y *La caída de los dioses*.

»Al final, sus numerosos enemigos se confabulan contra él y lo derrotan en una batalla en la que, derribado de su caballo, Ricardo, que había llegado a rey, desesperado y vencido, exclama: *¡Un caballo! ¡Un caballo! ¡Mi reino por un caballo!*

En todas sus notas había una mezcla de ideas e información hoy al alcance de cualquiera en Internet. Eran, además de notas de lectura, el fruto de algunas búsquedas en ediciones académicas de la obra e intuiciones, imágenes, con miras a una futura puesta en escena. Lo que les confería valor es que Nancy no solo se remitía a ellas, sino que también las acrecentaba en el transcurso de las discusiones con el grupo, porque eso

era lo principal: hablar de ello, comentarlo juntas, compartir sus sentimientos de intérpretes. Durante las primeras semanas, el trabajo se limitó a eso.

En la ciudad, las huelgas y el otoño avanzaban paso a paso. Las calles invariablemente sucias y negras de Londres estaban atestadas de cubos de basura y, algunos días, el centro estaba cerrado hasta Westminster debido a las manifestaciones de los obreros de la Ford. Pero las chicas se reunían todas las mañanas, pasara lo que pasase.

«El consenso de la posguerra se tambalea, se lee en los periódicos a propósito de las huelgas. Y no puedo dejar de pensar que somos como Ricardo cuando se alza el telón. La guerra de las Dos Rosas concluyó con una victoria pírrica que deja el reino en manos de un rey moribundo. Y Ricardo siente que el consenso flaquea; que los hombres de acción quieren actuar de nuevo; que él mismo va a pedirselo. Está listo, sabe que ha llegado su hora. *Now. Now is the winter of our discontent.*»

Formaban un elenco curioso, una pandilla de chicas que se habían conocido en la escuela de teatro y habían formado una compañía —las «Shakespeareianas»— e incluso logrado su primer contrato de producción para este *Ricardo III* que iban a montar nada menos que en el Warehouse, que este año acogía un

Hipólito de la Royal Shakespeare Company. Dispondrían solo de tres fechas en este teatro con más de doscientas localidades, pero podían ocuparlo por la mañana temprano, dos veces por semana, para los ensayos —es ahí adonde Candice se dirige en bici antes de acudir más tarde a su trabajo de mensajero.

Como solo eran diez, Nancy redujo el texto cortando escenas completas para prescindir de los personajes secundarios —De todos modos, Shakespeare es demasiado largo, les había advertido. Les hizo pruebas a todas las chicas para decidir los papeles, y Candice se había hecho con el de Ricardo desde los primeros ensayos.

No parecía haber celos entre las chicas de la compañía. Casi todas eran algo mayores que Candice, que acababa de ingresar en la escuela de teatro. La mayoría actuaban ya en otras producciones, con la regularidad suficiente para vivir de ello más o menos bien —o más o menos mal. Esta obra era casi un recreo para ellas. Y, por otra parte, los trabajos más regulares no ofrecían mejores perspectivas.

Toda Inglaterra estaba al borde de una especie de precipicio en 1978.

La gente no se ponía de acuerdo sobre lo que convenía hacer para salir de una situación que era a la vez una vergüenza para el país y de miedo para uno mismo. Pero había que hacer algo. No se puede permanecer agitando los brazos en el aire durante mucho tiempo al borde de un precipicio.

La idea general es que había que saltar.

«Ricardo se aburre. Es la razón principal por la que quiere actuar, por la que está dispuesto incluso a convertirse en un tirano, un asesino, un monstruo. “En vista de que no puedo mostrarme como un amante para entretener estos bellos días de galantería, he determinado portarme como un villano y odiar los frívolos placeres de estos tiempos.” *Now is the winter of our discontent*. Ricardo se aburre como nosotros. Independientemente de cualquier política. De uno u otro bando. Solo por el placer del poder, de la fuerza y de la sangre. Solo porque es fuerte.

»En octubre, en el congreso del Partido Conservador se escucharon estas palabras recogidas en el *Mirror*: “Tomarla con la distinción, con el mérito, es clavar en el suelo a los ágiles, a los audaces y a los vigorosos, como le ocurrió a Gulliver a manos de los liliputienses”. Los fuertes odian a los débiles, es su única debilidad.

Fueron muchas las mañanas que pasaron trabajando en la mesa de operaciones, como decía Nancy, leyendo fragmentos del texto y discutiendo sus interpretaciones; preguntándose —fue la primera pregunta y la que siempre estuvo presente— lo que cambiaba, en cada una de las réplicas, poner aquellas palabras en boca de una mujer.

«London Calling»

THE CLASH

Era una época extraña y, desde el mes de septiembre, después de remolonear un poco, el verano se había largado a algún lugar del sur de Europa, dejando que la lluvia y los vientos cambiantes acariciasen las sucias fachadas de un Londres que no acababa de salir de la guerra ni de la contaminación de las fábricas en el Támesis.

Israel y Egipto firmaron los acuerdos de Camp David, que arreglaron, al parecer, los problemas en varios desiertos y montañas peladas, pero orillaron cuidadosamente las regiones pobladas de Gaza y Cisjordania. Occidente se felicitó por avanzar así hacia la paz.

La British Petroleum había comprado la Standard Oil de Ohio a principios de año; aparentemente fue una opción inteligente porque Irán, donde había nacido y crecido la empresa, estaba viviendo sangrientos disturbios, de los que aún no se oía hablar demasiado. Claro que un oportuno temblor de tierra unos días más tarde causó quince mil muertos de más.

El Arsenal, que había sido finalista el año anterior, se entrenaba duro para la copa.

El papa murió a las cinco y media de la mañana.

Es lo que la radio repitió sin descanso una y otra vez: Juan Pablo I, Albino Luciani en el siglo, el papa de la amable sonrisa, elegido hacía solo treinta y tres días, fue hallado muerto a las cinco y media de la mañana del 29 de septiembre. Yacía en su lecho, donde leía una *Imitación de Cristo*, quien tampoco debió de haber dormido mucho en el suyo. No tardaron en correr rumores de conspiración y asesinato: desde que el banco del Vaticano estaba en manos de la mafia hasta que el papa era indulgente con la teología de la liberación, demasiado cercana a los comunistas.

Los comunistas, he ahí el mal. En Europa, aparte de los franceses, todo el mundo lo sabe.

Todo empezó en Dagenham, al este de Londres, en la planta de montaje de la Ford Motors.

El 22 de septiembre, la fábrica de Langley entró en huelga.

Los sindicatos, sobre todo el TGWU, el todopoderoso sindicato de transportes, aún no apoyan oficialmente el movimiento.

Preferirían evitarlo.

En julio habían firmado un acuerdo con el gobierno fijando el aumento salarial en un máximo de un 5 % para ese año.

Es la «fase IV» del plan de lucha contra la inflación, que el año anterior alcanzó el 16 %.

Los titulares son categóricos:

Inglaterra está con el agua al cuello.

Esto no funciona.

Hay cada vez más desempleados.
Pronto un millón y medio de parados.
Esto no funciona —y de todas formas:
El 5 % no paga el aumento del alquiler.
El consenso de la posguerra se está resquebrajando.
La fábrica de Langley está en huelga.
15.000 trabajadores están en huelga en Dagenham.
La Ford ha tenido un excelente primer semestre.
La Ford aumenta su margen de beneficios este año.
Éxito innegable del Ford Cortina en 1978.
Los sindicatos están entre la espada y la pared.
El Partido Laborista dividido por una huelga salvaje.
El partido del primer ministro, Callaghan, desgarrado por las disensiones en vísperas del congreso de Blackpool.

Esto no funciona.

Los acuerdos firmados entre la TUC —la unión de sindicatos— y el gobierno son rechazados por los trabajadores.

El 5 % no paga el alquiler.

La Ford tiene medios para pagar.

Callaghan en el ojo del huracán.

Primeros enfrentamientos entre los obreros en huelga y la policía a raíz de la manifestación.

Esto no funciona.

¿El TGWU a punto de unirse al movimiento?

Ron Todd, hombre clave en la crisis de la Ford.

Todd, de Dagenham a la secretaría nacional del TGWU.

Callaghan en el punto de mira de los sindicatos.

Callaghan abucheado en Blackpool.
La moción «Duffy» aprobada por 4 a 1.
«Una lección de democracia», Callaghan repro-
bado.

¡Elecciones generales ya!
El TGWU en huelga oficialmente.
50.000 obreros en huelga.
La huelga se extiende por Southampton.
Halewood se une al movimiento huelguista.
La fábrica de Merseyside en huelga.
Las huelgas afectan a la sede de la Ford en Basildon.
La Ford dispuesta a negociar con los huelguistas.
En la Vauxhall Motors discuten el 8,5 %, tal vez
más.

¡A punto de cumplirse un mes de huelga en la Ford!
Ford tiene medios para negociar.
¿Cuánto, señor Ford?
¿Y si los obreros de la Ford ganan el pulso?
En el corazón del movimiento obrero: el testimo-
nio de Dan Connor en Dagenham.
¿Están los rojos detrás de las huelgas?
Inglaterra, el país enfermo de Europa.
El paro sigue aumentando.
Esto no funciona.
En inglés: *it doesn't work*.

El otoño de 1978, Inglaterra y sus periódicos cuen-
tan la historia de un país en crisis, de un imperio en
declive. Las últimas colonias británicas se independi-
zan una tras otra. El paro masivo está a punto de apa-
recer. El trabajo nunca volverá a ser ligero.